

# La virgen, los santos y el orbe agrícola en el valle de Toluca\*

MAGDALENA A. GARCÍA SÁNCHEZ\*\*

ISSN (impreso): 1665-8973

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v20i40.2748>

El valle de Toluca es una fibra sensible en mi trayectoria profesional y en mi vida personal, por ello en la lectura a las 214 páginas que constituyen la obra de María Teresa Jarquín y Antonio de Jesús Enríquez, la región fue el atractivo inicial; no obstante, como ocurre siempre desde una visión integral, la región pronto fue mejor valorada al entender su vínculo con los elementos sociales.

El título del libro anuncia una relación entre la virgen, los santos y el orbe agrícola en el valle de Toluca; se trata entonces de evidenciar la relación que hay entre las deidades y el ciclo del maíz principalmente, considerado como el eje alimentario histórico y cultural de las sociedades mesoamericanas, que ha transitado a través del tiempo hasta nuestros días.

\* María Teresa Jarquín Ortega y Antonio de Jesús Enríquez Sánchez, *La virgen, los santos y el orbe agrícola en el valle de Toluca*, El Colegio Mexiquense, México, 228 pp.

\*\* Centro de Estudios Arqueológicos, El Colegio de Michoacán, e-mail: [magdalenaamalia@gmail.com](mailto:magdalenaamalia@gmail.com).

Jarquín y Enríquez desarrollan en su texto un ejemplo sólido de investigación *etnohistórica* (aun cuando no lo mencionan expresamente), lo que se reconoce por el enfoque, por el tema, por su tratamiento y por sus conclusiones. Los autores hacen gala de su *expertise* con argumentos fundados en una amplia gama de fuentes de información, que van desde las hagiografías hasta la etnografía contemporánea, pasando por el registro gráfico de las deidades y de las festividades en su honor en aquellos lugares donde ejercen su influencia patronal. Es importante mencionar que el trabajo de investigación (particularmente el etnográfico) se llevó a cabo en 73 municipios, algo que se debe enfatizar considerando que se trata del enorme territorio del Estado de México.

El marco temporal es un recorrido diacrónico que alcanza a las sociedades prehispánicas (en particular las del periodo anterior a la Conquista); pasa desde luego por la introducción de las deidades cristianas en el periodo novo-

hispano, por su afianzamiento entre las sociedades de indios durante más de tres siglos, hasta llegar a nuestros días en una versión refuncionalizada pero igualmente enraizada en la fe de los pobladores actuales de la región bajo estudio.

Y como queda dicho, el marco espacial es el Estado de México. Los autores señalan en su libro que se trata del valle de Toluca, pero en realidad el estudio rebasa por mucho las fronteras reconocidas para esa región; de hecho el estudio se extiende por otros puntos cardinales que incluyen, por ejemplo, a Malinalco, Ixtlahuaca, Ixtapan de la Sal o Xonacatlan, todos ellos situados en otros valles de dicha entidad federativa.

La propuesta de los autores se centra en “el orbe agrícola”, es decir, en las actividades productivas de las sociedades campesinas que ahí han habitado durante siglos, relativas a la preparación de la tierra, el cultivo del maíz (principalmente aunque también se incluyen otros cultivos), su cosecha y la repetición anual de este ciclo por incontables generaciones. Este orbe quedó vinculado para siempre con una gama de deidades (particularmente masculinas) y sus características iconográficas, estrategia que proviene de la lejanísima experiencia de los evangelizadores llegados desde la primera oleada hispana a territorio mesoamericano; me refiero al hecho de que los primeros religiosos que pisaron estas

tierras, tenían tras de sí el conocimiento del proceso de expansión de la fe cristiana en otros continentes, tan lejanos como Asia, África o la isla japonesa. Aquellos evangelizadores tuvieron como estrategia conocer a las sociedades que visitaron: las estudiaron, aprendieron sus modos de vida, identificaron a sus deidades y en un proceso lento pero seguro, lograron en muchísimos casos introducir a las deidades cristianas compartiendo atributos con las preexistentes.

Pues bien, los religiosos que arribaron a tierras mesoamericanas pusieron en marcha la misma estrategia, es decir, observaron a las sociedades de indios, aprendieron de ellos, conocieron a sus deidades y poco a poco fueron sustituyendo a las que había por otras con características que las hacían equiparables; fue pues un proceso de sincretismo.

Jarquín y Enríquez muestran cómo esta labor no fue fortuita, antes bien se percibe cuidadosa y ordenada. ¿Qué tenían en común las sociedades mesoamericanas? Eran, como queda dicho sociedades campesinas, tenían en el ciclo agrícola el eje de la organización de su calendario anual. El maíz era la expresión cultural de sus vidas, por ello cada etapa de su tratamiento estaba asociada con los periodos de lluvias o de secas y tenía una deidad a su cargo; por ello, también, desde la selección de la semilla hasta la recolección de las mazorcas estaban signadas

por festividades. Esto muestra también el intrincado vínculo entre los dioses y los seres humanos. Puede afirmarse que el ciclo de la vida tenía estos eslabones: alimento-vida-dioses-festividades, para empezarlo nuevamente cada año.

La vida cotidiana ligada al cultivo del maíz permeó intereses políticos, económicos, avatares ecológicos, desastres naturales, guerras, abandonos, abusos, despojos y un largo etcétera, y llegó a nuestros días. Incluso ha resistido los embates de los cambios contemporáneos, que a la luz de la comparación diacrónica, puede decirse que han sido más intensos y perjudiciales en muchos aspectos que los demás que se han enfrentado a lo largo del tiempo.

En este contexto, los autores dan cuenta de diez deidades que desde hace siglos han permanecido cercanas a la gente y a su trabajo cotidiano en sus milpas. Muestran cómo tales deidades están vinculadas precisamente con el ciclo del maíz en sus distintas etapas y asimismo con el periodo de lluvias y de secas. Se trata de las siguientes: 1) La Candelaria y la bendición de las semillas, 2 de febrero; 2) san José y el inicio de las siembras, 19 de marzo; 3) san Isidro Labrador, inicio de las lluvias, 15 de mayo; 4) san Antonio de Padua, periodo de lluvias, 13 de junio; 5) san Juan Bautista, periodo de lluvias, 24 de junio; 6) san Pedro y san Pablo, periodo de lluvias,

29 de junio; 7) Santiago Apóstol, propiciador de las lluvias, 25 de julio; 8) La Asunción de María y los primeros frutos del maíz, 15 de agosto; 9) san Miguel Arcángel, recolección de elotes, anticipación de las heladas, asociado con Tláloc, 29 de septiembre; 10) san Francisco de Asís, inicio de las cosechas, 4 de octubre.

Los autores se dieron a la tarea de hacer un cuidadoso registro de las festividades en las distintas localidades repartidas en la vasta región bajo estudio, desde sus preparativos hasta su desarrollo, el cual incluye como denominador común la música, las danzas, la participación de mayordomos y, desde luego, la celebración de oficios religiosos con el estilo de los devotos del Estado de México, es decir, celebraciones con bombo y platillo que típicamente duran más de tres días. Ésta es, sin duda, una de las más notables contribuciones del libro, pues permite dilucidar con claridad el vínculo entre las deidades y sus devotos, las expectativas que ellos tienen respecto a su santo patrono y la manera en cómo éste les corresponde: con lluvias cuando se necesitan, con la prevención de las heladas, con abundantes cosechas. Y más en concreto, con la garantía de que no faltará el alimento que se cultiva durante un año para asegurar la vida de la gente.

Otra de las contribuciones de este trabajo, me parece, es la manera en que como lector uno aprende qué

esperar de los santos. Destaco, por ejemplo, el rol de san José como un hombre virtuoso propiciador de las aguas que los indios del periodo novohispánico llamaban Xoxeptzin, con una relación clara con Huehuetéotl, el dios viejo del fuego. Se trata de una figura paternal, de protección, en quien se puede depositar la confianza. Una sorpresa fue mirar con otros ojos al seráfico san Francisco de Asís, típicamente una deidad asociada con la caridad humana y el trato a los animales como a iguales, a quien los campesinos del valle de Toluca temen porque es capaz de activar las heladas, ¿quién lo pensaría de santo tan bueno!

Sirva esta reseña para invitar a los lectores a leer este libro, que dicho sea de paso está escrito de una manera que permite una lectura fluida, con capítulos independientes que no requieren de una lectura secuencial, acompañado de mapas y tablas en donde se consignan a las localidades, el santo o vírgenes patronos y la fecha en que se celebran sus festividades, por si alguno quisiera ir a participar de ellas ahora que termine la pandemia. Es una obra que, sin duda, servirá de consulta para los estudiosos de la región que aborden temas relacionados con el ámbito agrícola, el vínculo religioso con sus santos y vírgenes patronos y, desde luego, las festividades derivadas de esta relación.

Termino señalando algo que los autores no dicen textualmente pero

que es posible derivar de su escrito. Me refiero a la *fe* que actualmente se profesa en todas las localidades rurales bajo estudio, una fe genuina en sus santos y vírgenes patronos que permite renovar año con año las relaciones sociales entre sus pobladores. Y que renueva asimismo las tradiciones culturales que fortalecen las identidades; la realización de música, cantos y danzas que promueven la convivencia y el respeto. Todo ello sobreviviendo en un mundo y en una época donde el individualismo ha mermado la socialización de la vida.